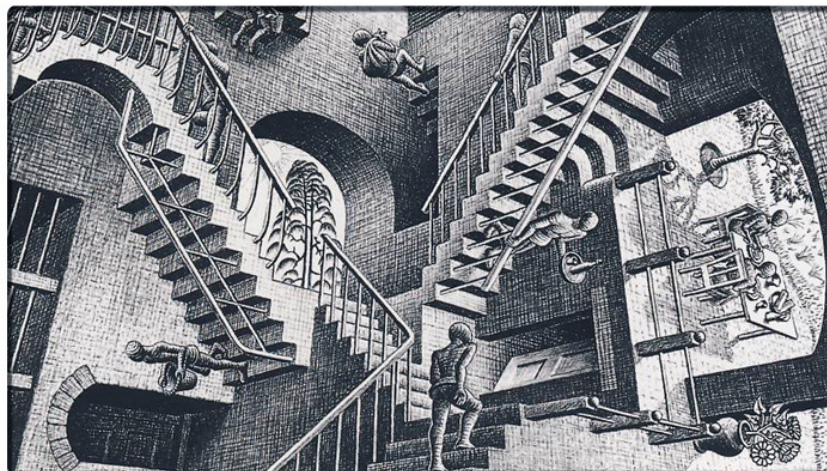


TERCER COLOQUIO INSTITUCIONAL DE FILOSOFÍA



EN EL MARCO DE LAS
JORNADAS ACADÉMICAS DEL IEMS
AGOSTO 2011

“Los retos de la Filosofía en torno a un mundo en crisis”

*Jueves 4 y viernes 5 de agosto de 2011.
de 11:00 a 15:00 horas.*

*Lugar: Auditorio del Plantel Carmen Serdán (Miguel Hidalgo), Lago
Ximilpa 88, Col. Argentina Antigua, 5386-7806*

Instituto de Educación Media Superior del D.F.

Plantel Magdalena Contreras "Ignacio Manuel Altamirano"

Ciclo Escolar

2011-2012 A

Tercer Coloquio Institucional de Filosofía en el marco de las Jornadas Académicas

"Los retos de la Filosofía en torno a un mundo en crisis"

Agosto 2011

Mesa 4

*La filosofía de nuestro tiempo: Autores y temáticas contemporáneos
(Cómo integrar el pensamiento filosófico de los siglos XX y XXI y/o temáticas
filosóficas que inciden en la realidad actual en los contenidos de los programas del
IEMS)*

Ponencia

Una reflexión sobre el mal y la transfiguración del bien

Autor

José Luis Solís Ruiz

Correo electrónico

kurdikan@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo explora las connotaciones del mal y su vínculo con el bien. A partir de una idea de Marcel Schwob, aparecida en su ensayo “La perversidad”, se explica la noción de la perversión como parte inherente al egoísmo y al sacrificio individual.

Posteriormente se habla de la relación entre perversión y literatura, haciendo referencia a autores como Barthes, Deleuze y Bataille, y más precisamente al personaje de Robinson Crusoe, considerado por Deleuze como el ser más perverso.

Asimismo, en esta investigación se explicita la relación entre el mal y la muerte, además de su vínculo ineludible con el bien, pero en el sentido de suplantación de esta noción, lo que conlleva una enorme carga de culpabilidad y violencia, tal como se observa en varios mitos.

Una reflexión sobre el mal y la transfiguración del bien

No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de los fenómenos...

FRIEDRICH NIETZSCHE

Sobre la perversidad, el egoísmo y la disolución del sujeto.

¿Puede la perversidad ser un elemento indispensable del mal? Si revisamos la idea de Marcel Schwob de que la perversidad es el placer del sacrificio individual, y agregamos la idea de que la perversidad intenta eliminar al sujeto, ambas posturas plantean el problema central de la maldad, en tanto la manifestación del mal pareciera intrínseca e ineludible del ser humano. Sobre todo si se piensa en los crímenes de guerra, en la violencia de estado, en la imposición del orden a cualquier precio, en la muerte obligada del otro a manos del uno, en el suicidio paulatino del hombre moderno. La maldad, vista de esta manera, se impone subrepticia pero tangiblemente.

En su ensayo “La perversidad”, Marcel Schwob considera que “el punto de partida moral del hombre es el egoísmo¹”. ¿Por qué? Porque es el reflejo central de la existencia, mediante la cual persiste en su ser. Señala también que la perversidad moral nace en el momento en que el hombre concibe seres semejantes y les sacrifica parte de su yo: “La flor dolorosa de esta perversidad es el placer del sacrificio. Y si este sacrificio se realiza solamente por él mismo, esta perversidad se vuelve absoluta”.²

¿Qué es el sacrificio sino la condenación del ser al aniquilamiento y la extinción? ¿Son los seres humanos perversos y malos por naturaleza? ¿Hacia allá nos conduce nuestra necesidad de estar vivos? Inmersos en la veleidad de la sinrazón y el hostigamiento

1 Schwob, Marcel. *Ensayos y perfiles*, FCE, México, 1987, p. 148.

2 *Ibidem*

febril, los seres humanos conviven en un mundo obstinado, ávido de reconocimiento y extremadamente competitivo, donde no hay sitio alguno para los débiles, excepto en el sometimiento y la exclusión.

Prosiguiendo con la lectura de Schwob, y a propósito de unos versos de Ibsen, los cuales afirman que “Vivir es combatir contra los seres fantásticos que nacen de las cámaras secretas de nuestro corazón y de nuestro cerebro,” aquél opina que estos versos son terribles porque muestran la perversidad que acosa a los hombres del mundo actual. No obstante, esos versos también hacen referencia a un ser desdoblado, en el cual coexisten por igual el bien y el mal, un individuo no muy diferente de aquel en donde se instala a un mismo tiempo el doctor Jekyll y el mister Hyde stevensonianos, o el vizconde demediado de Italo Calvino. En este sentido Schwob reflexiona sobre la naturaleza dual del mundo, concebido como continuo y discontinuo. Afirma que el pensamiento y la razón nos proporcionan el sentido de la continuidad, mientras el tacto (y su prolongación, la ciencia) muestran la discontinuidad del mundo. Alegría y dolor, bien y mal, yin y yang, real e imaginario, vida y muerte, son los otros elementos duales que resultan complementarios, e incluso intercambiables. Nietzsche presenta un pensamiento similar al decir: “Las grandes épocas de nuestra vida son aquellas en que nos armamos de valor y rebautizamos el mal que hay en nosotros llamándolo nuestro mejor bien”.³ De este modo, la dualidad se instala de manera inexorable y sutil. La dialéctica de los contrarios anida en las “cámaras secretas de nuestro cerebro” sin que parezca que podamos hacer algo al respecto, excepto contemplar, no sin asombro, la soterrada invasión del malestar generalizado.

En el fondo, la observación de Schwob obsesiona a quienes, como los poetas, sólo miran pasar la acción, pero son incapaces de actuar. ¿Para qué, responde Maeterlinck, si detrás de toda acción está la muerte? No otra es la idea de Roland Barthes cuando habla de la literatura como práctica subversiva, y señala que en tanto escritura es una perversión, por ser una práctica que aspira a quebrantar al sujeto, a disolverlo o dispersarlo en la misma página.⁴

En este mismo sentido, Gilles Deleuze considera que el concepto de perversión es bastardo, en tanto suele manejarse en diferentes ámbitos, ya sea en psiquiatría, en medicina o en el plano meramente judicial. Posteriormente cataloga al perverso como aquel individuo que no se somete a su propio deseo en un sistema de sobra conocido, sino más bien es “quien introduce su deseo en un sistema totalmente diferente y lo hace desempeñar, en este sistema, el papel de un límite interior, de un foco virtual o de un punto cero”.⁵

Deleuze califica a Robinson Crusoe (el personaje de la novela de Michel Tournier *Viernes o los limbos del pacífico*) como el hombre más perverso del mundo, entendido el adjetivo tal como anota Roland Barthes, como una actividad que busca quebrantar o anular al propio sujeto. La deshumanización de Robinson ocurre de manera paulatina y trágica, aunque también sin eludir el sentimiento de comicidad y absurdo, en el cual Robinson habrá de sufrir una serie de metamorfosis o cambios en su apreciación del entorno y

3 Nietzsche, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, México, 1986, p. 100.

4 Barthes, Roland. *Variaciones sobre la literatura*, Paidós, Barcelona, 2001.

5 Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona, 1994, pp. 303-304.

acerca de su persona: “El fin, el objetivo final de Robinson es la ‘deshumanización’, el encuentro de la libido con los elementos libres, el descubrimiento de una energía cósmica o de una gran Salud elemental que no puede surgir sino en la isla, e incluso en la medida en que la isla se ha convertido en área solar”.⁶

El aislamiento del hombre, incluso a pesar suyo, no es sino otra forma de mostrar el carácter egoísta que le es consustancial. En tanto situación extrema, el aislamiento confronta al ser humano consigo mismo, lo descalifica y desahucia, al grado de la desaparición de su propia condición de humanidad. Y la extinción de toda humanidad no es otra cosa que la misma muerte.

Las manifestaciones del mal

La perversión es una manifestación del mal, pero ¿de qué otras maneras se muestra la maldad? De múltiples formas. De Georges Bataille, por ejemplo, se dice que “trata de perseguir el exceso, de romper los límites, buscar la coincidencia entre sujeto y objeto, esa forma de aspiración del absoluto que se resuelve en su imposibilidad, esto es, en su propia condena”.⁷ Esta imposibilidad del absoluto es una de las formas en que se muestra e impone el mal. El absoluto quedaría identificado como el bien, en tanto ahí se da la correspondencia y posterior unidad del sujeto y del objeto. Más que un quebrantamiento del sujeto, tal como lo plantea la perversión, el mal consiste en la imposibilidad de hacer el bien, aunque parezca redundante.

Del mismo modo en que Maeterlinck afirma que detrás de toda acción está la muerte, Bataille sostiene que el vicio implica la muerte. También explica que el erotismo y la sexualidad ratifican la vida hasta en la muerte, porque la sexualidad pone en juego la vida del ser que se reproduce. “El sadismo es verdaderamente el Mal: si se mata por obtener una ventaja material, sólo nos hallaremos ante el verdadero Mal, el Mal puro, si el asesino, dejando a un lado la ventaja material, goza con haber matado”.⁸ Bataille afirma que la literatura no es inocente, y como culpable, tenía que confesarlo. Emily Brontë, Charles Baudelaire, Jules Michelet, William Blake, el marqués de Sade, Marcel Proust, Franz Kafka y Jean Genet son algunos de los autores en quienes queda representado el vínculo entre la literatura y el mal, porque “ya no se trata de describir las manifestaciones del mal, sino que este mismo mal se ha introducido en la esencia del arte. Lo niega y afirma al mismo tiempo, en una alternancia fundamental”.⁹

Así, la palabra resulta muy importante para definir el mal, y de la misma forma es determinante para identificar a su contraparte, el bien. Sin embargo, la palabra también sirve para enmascarar a este último. En el ensayo “La metamorfosis del mal”, de Ricardo Forster,¹⁰ se habla de las alteraciones de la palabra de Dios, la cual si se toma en su sentido verdadero, puede dar la vida, pero desfigurada, pueda dar la muerte.¹¹ Ello

⁶ Ibid., p. 302.

⁷ Bataille, Georges. *La literatura y el mal*, Taurus ediciones, Madrid, 1987, p. 16. “Los móviles que impulsan al escritor Bataille son los últimos móviles del hombre: la muerte, el erotismo y la idea de trascendencia. Estos tres elementos se conjugaron para demostrar la imposibilidad del pensamiento, de la literatura, y su imperiosa necesidad a la vez” (p. 11).

⁸ Ibid., p. 23.

⁹ Ibid., p. 16.

¹⁰ Forster, Ricardo. *Crítica y sospecha. Los claroscuros de la cultura moderna*, Editorial Paidós, Bs. As., 2003.

¹¹ Presenta la explicación de Donoso Cortés, para quien “la reducción de la palabra Dios al ámbito de una secularidad revolucionaria significaba transmutar el bien en mal, ‘desfigurando’ lo sagrado hasta impulsar a los hombres hacia las puertas mismas del infierno”. Ibid., pp.19-20.

explicaría por qué las revoluciones modernas tienen tal capacidad destructora. El autor supone que en aquéllas se desfigura la palabra de Dios. “El ángel de las Tinieblas ‘desfigura’ las palabras de Dios, produce en ellas una metamorfosis capaz de perder a quien las escucha; él tiene la astucia suficiente para apropiarse de aquello que no le pertenece, ya que su talento para los disfraces le permite hablar las palabras del supremo Bien para introducir el mal en el mundo”.¹²

En este sentido, el mal, surgido del engaño primordial, asume la forma ineludible de la muerte. El mal es una provocación o una actuación de quien ha sabido desfigurar adecuadamente las palabras de Dios. Forster señala que el peligro no radica en que lo absolutamente otro se muestre como tal sino, por el contrario, que elija el maquillaje, la actuación y el simulacro: “el mal se ha disfrazado de bien, y en esa soberbia caracterización ha abierto los tiempos del derrumbe”.¹³ Y detrás de esta seducción se halla la expulsión del paraíso y la inserción en el tiempo, y posteriormente en la finitud o en la muerte, porque “la realización del deseo tenía como precio la finitud y el tiempo vivido como abismo que todo lo devora”.¹⁴

En esta realización del deseo, el yo o el sujeto se identifica con el mal. Y de aquí al quebrantamiento del mismo sólo hay un paso. “Satán habla a través de su furioso ‘antropocentrismo’ desplegado desde el Ego cartesiano. La historia dominada por ese ‘pronombre’ manchado no es sino el tiempo de la pura destructividad. El mal es la muerte entendida como dominio de un tiempo capaz de obnubilar a una humanidad extraviada que construye falsas ilusiones, de fantasmagóricas promesas que al realizarse acabarán en sangre y fuego”.¹⁵

Satán (en su nombre hebreo) o el Diablo (en griego) es la forma que está detrás del mal. Significa el calumniador o el acusador. De acuerdo con René Girard, el cristianismo moderno apenas toma en cuenta a este maléfico personaje. Baudelaire decía, al igual que sir Thomas Browne, que el mayor encanto del diablo o su máximo triunfo es hacernos creer que no existe. Al igual que Jesús, Satán quiere que lo imiten, y para hacerlo se vale de la seducción, pero, imperceptiblemente, el seductor se torna también en el adversario. Para Satán las prohibiciones no sirven para nada y el transgredirlas no implica ningún delito o desorden. Pero cuando el seductor se convierte en obstáculo y rival, surge el escándalo. “Los escándalos entre individuos son como pequeños riachuelos que desembocan en los grandes ríos de la violencia colectiva”.¹⁶ La comunidad escindida, en el paroxismo del proceso mimético se vuelca contra una víctima que se convierte en el escándalo supremo porque todos la consideran culpable. “Satán es el mimetismo que convence a la comunidad entera, de forma unánime, que esa culpabilidad es real”.¹⁷

La culpa trae consigo el castigo y la violencia. Y no de otra forma es como se muestra imperturbable y dominante el mal. Para Girard, la violencia central de los mitos arcaicos es muy semejante a los relatos de la Biblia, porque ahí se hacen descripciones de fenómenos de masas característicos de los relatos míticos. No obstante, con los

12 Ibid., p. 17.

13 Ibid., p. 18.

14 Ibid. p. 19.

15 Ibid. p. 20.

16 Girard, René. *Veo a Satán caer como el relámpago*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2002, p. 43.

17 Ibid., p. 56.

mitos ocurre lo mismo que con Satán, involucran un engaño: “Los mitos invierten sistemáticamente la verdad. Absuelven a los perseguidores y condenan a las víctimas. Son siempre engañosos porque nacen de un engaño”.¹⁸

Bibliografía

1. Barthes, Roland. *Variaciones sobre la literatura*, Paidós, Barcelona, 2001.
2. Bataille, Georges. *La literatura y el mal*, Taurus ediciones, Madrid, 1987.
3. Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona, 1994.
4. Forster, Ricardo. *Crítica y sospecha. Los claroscuros de la cultura moderna*, Paidós, Bs. As., 2003.
5. Gardner, Martin. *Los porqués de un escriba filósofo*, Tusquets Editores, Barcelona, 1989.
6. Girard, René. *Veo a Satán caer como el relámpago*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2002.
7. González, Juliana. “El naturalismo en ética”, en *Revista de la educación superior*, ANUIES, enero-marzo, 1980.
8. Schwob, Marcel. “La perversidad”, en *Ensayos y perfiles*, FCE, México, 1987.